

Un día de tantos, frente al río

MARGARITA SUZÁN

Cuando se supo que el Ejército Popular Sandinista había recuperado la pista aérea de La Penca, construida por la contrarrevolución para el abastecimiento de sus fuerzas, los periodistas extranjeros que cubrían la guerra de la década de los ochentas en Nicaragua, debían difundir la noticia. Así que formaron un grupo y se dirigieron a El Castillo, población ribereña del río San Juan, en el sur del país y única, más o menos cercana al lugar de los hechos.

Nos ordenaron acompañarlos. A las nueve de aquella mañana de verano —húmedo calor, denso olor del río— Marlon, el camarógrafo; Hernán, su ayudante-sonidista y yo escuchábamos al capitán Ortiz, jefe militar de la Zona Especial III, explicarnos que no existían condiciones de seguridad para la expedición periodística. Si bien la región donde se encontraba la pista que había sido clandestina, paralela a la corriente y distante cerca de cien kilómetros de El Castillo ya estaba bajo custodia de los sandinistas, en la otra ribera perteneciente a Costa Rica, aún había grupos enemigos.

La mayoría de los informadores desistió, se quedarían en el pueblo entrevistando a Ortiz. Pero los representantes de medios audiovisuales de Holanda y México insistían en trabajar in situ. Se llegó a un acuerdo. Irían en un helicóptero MI-8 artillado, pero mi grupo debería acompañarlos. Por aquello de la experiencia de filmación en combate, se suponía.

Siempre me ha gustado volar y desde el inicio de aquella contienda, tendía a olvidar la misión encomendada, por extasiarme ante el paisaje seductor de Nicaragua. Esa oportunidad no fue la excepción, al iniciar el ascenso pudimos observar a lo lejos las aguas ligeramente picadas del lago

Cocibolca, bajo nosotros los cambiantes verdes del bosque, interrumpido por los simétricos arrozales, donde se destacaban nítidas en su pequeñez, las figuras de los campesinos. De trecho en trecho, el sol se reflejaba en los afluentes del San Juan que serpenteaba perezosamente. Al levantarse las brumas matinales, la campiña se ha tornado diáfana y de ella emana una plenitud, una serenidad.

Todo está ahí frente a nosotros, ese sol, ese lago, esa luz y en ellos hemos conocido la victoria y la derrota. Pero no la paz. De nueva cuenta tengo que aceptar que en la hermosura hay violencia, que la tranquilidad de los sembrados es un engaño, que de la lozanía de las colinas puede surgir la atrocidad y la locura.

Descendemos y nos advierten: sólo veinte minutos y el transporte volverá. No aterriza, a un metro del suelo todos brincamos, bajamos un mínimo equipamiento de video, me ocupo de la mochila con los casettes, las baterías, el micrófono y como de costumbre olvido el AK-47 en el asiento, el copiloto debe lanzármelo cuando ya van subiendo.

La pista consiste en unos miles de metros de tierra apisonada, libre de vegetación. En torno a ella sólo han quedado matas salvajes, arbustillos que insisten en crecer, la hierba; también y siguiendo su curso los huecos de las trincheras. Diseminados en pequeños grupos, a lo largo del área de vuelo, soldados de un batallón de lucha irregular: rostros tiernos en su crueldad de niños, cabello y barba crecidos, collares y amuletos colgando bajo el pañuelo rojinegro del cuello y el certero convencimiento de que no es sacrificio renunciar al derecho al baile, a la luna, a posponer el mar y la playa. Ninguno de ellos debió haber rebasado los veintidós o veintitrés años.

Gerrit y Jan, los holandeses se acercan a algún corrillo, entrevistan, filman y lo mismo hacen los mexicanos.

Marlon me mira y sonrío, sabe que no necesita indicaciones para filmar, lo hemos hecho tantas veces... y sabe también que yo aprovecharé para llenar la pechera de los cargadores de mi rifle con piedrecitas y flores que llamen mi atención. Pero aquella mañana lo contemplaba trabajar. Alto, más bien flaco, con esos ojos tan bellos comunes en muchos nicaragüenses, las manos grandes y los dedos nerviosos. En el Departamento de Medios Audiovisuales todos le tenían afecto; a los diecisiete años en la guerra de insurrección había sido paramédico, porque aprendió rápidamente el curso de primeros auxilios pero sobre todo por su comprensión del dolor ajeno y la delicadeza moral con que trataba a los heridos.

Laboraba tranquilo, sin despegar el ojo del visor murmuraba a Hernán, quien cambiaba de posición el micrófono. De pronto algo prendió su atención y accionó el zoom de la cámara, filmaba a alguien que moviendo los brazos en alto se acercaba a él.

Creo que fui la primera en escuchar el silbido que se inicia en la sorda quietud, creciente, avanzante, amenazante a medida de su cercanía, y antes de que estalle el primer terrible trueno del obús de mortero, que surge de la vegetación tupida del otro lado del río, ya estamos todos en las trincheras.

Para mí el miedo se inicia así: primero un ahogo, siento que se me acabó el aire para siempre, después las náuseas y al tratar de dominarlas sobreviene una calma, un actuar por puro instinto de supervivencia. Debía localizar a los periodistas a nuestro cargo, pero por algunos minutos el mortero fue incesante y ya los nuestros contestaban con fuego de fusilería. Los estallidos rompían la tierra, desgajaban los arbustos, irrumpían iracundos con su pirotecnia retumbante. El polvo, las piedras, las ramas que caían sobre nosotros me cegaban, no advertí cuando Marlon salió a rastras de la trinchera, ni cuando los otros agazapados a mi lado le gritaban que no lo hiciera.

El ruido era ensordecedor y a tientas busqué mi arma. Empezaba a distinguir los gemidos, el dolor aullante, la conciencia de la muerte próxima; junto a mí se deslizó un hombre y tras él venía Marlon, que lo había rescatado. Sostuve el cuerpo del herido como pude, lo acomodé en la tierra y vi su rostro para no mirar sus heridas que ya me llenaban de sangre.

Freddie, querido muchacho, con todas las preguntas en los ojos, perdiendo la vida a bocanadas y lanzándonos

la última mirada desde lo hondo de su destino. Hermano menor de Marlon, seis meses antes había sido dado por muerto en combate y así lo habían avisado a la familia. Dijo Hernán: "Nos han convertido en fieras —me mira desolado—, obsérvanos, queda muy poco de humano en nosotros."

Después viene el silencio, Marlon abraza los restos de su hermano, intenta incorporarlo, cargarlo. Algo ocurre en las filas enemigas que han cesado el fuego y en instantes posteriores conocemos la causa: se acerca el helicóptero disparando hacia la margen del río que esconde al mortero.

El jefe del destacamento nos apresura, tenemos sólo segundos para abordar, no debemos arriesgarnos más ni arriesgar al avión. Marlon se despoja de su pañoleta y con ella, tiernamente, cubre el rostro del hermano muerto, recogiendo, a su vez, la del cadáver.

Los tres equipos retornamos vivos, pequeños golpes y rasguños sin importancia marcan el cuerpo de los periodistas. Sobre el estrépito del MI-8 sólo sobresalen mis sollozos y aquella emotiva canción que Carlos Mejía musicalizara a partir de un poema de Cardenal: "La Tumba del Guerrillero", que Jan silba, seguramente para no llorar.

Han pasado muchos años desde que estos acontecimientos tuvieron lugar. Hoy, de regreso en mi país, cuando rememoro, cuando reconstruyo, agrego a mi inalterable amor por aquel pueblo, por aquella tierra, la nostalgia. ♦

